

Albert Carreras y la industrialización española. Una nota crítica.*

● FRANCISCO COMÍN
Universidad de Alcalá de Henares

Si por una obra “clásica” entendemos aquella que todos citan pero que muy pocos han leído, entonces la tesis de Albert Carreras es, sin duda, “un clásico”. Sus cifras sobre la producción industrial han sido muy utilizadas, y muy comentadas, por múltiples investigadores; yo he sido un usuario privilegiado de ese “bien público” que ha sido la tesis de Carreras, porque, a pesar de permanecer inédita, su generosidad ha permitido que fotocopias de la misma hayan circulado por todos los rincones de la Península. Así que esta reseña, no puedo engañar a nadie, es la de “usuario agradecido” de sus series; cualquiera que conozca mis publicaciones sabrá que mis interpretaciones sobre la evolución de la economía real española no hubieran sido posibles sin las reconstrucciones estadísticas de Carreras. Aunque yo nunca he trabajado en la elaboración de series industriales, mi experiencia con series históricas agrarias y del sector público me permite apreciar los problemas de fuentes y los escollos estadísticos que han tenido que superar sus trabajos. Se trata en ciertos casos de “estimaciones toscas” –aunque no tanto como Carreras piensa– cuya mayor virtualidad quizá sea la de haber estimulado ulteriores estimaciones, y la de haber apuntalado unas interpretaciones, y arruinado otras, sobre la economía española en los dos últimos siglos, con mayor fundamento cuantitativo; sobre un aspecto y otro, las series y las argumentaciones de Carreras han alimentado la discusión entre los historiadores económicos, lo que siempre es de agradecer.

Nunca se reconocerá a Carreras su impresionante labor en la reconstrucción de series históricas; y no sólo me refiero a sus estadísticas industriales, sino a su edición de las *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX y XX*, publicadas por el Banco Exterior; el duro trabajo que se tomó en esta edición quizá sólo sea valorado por quienes participamos en la obra, y “sufrimos” sus muchas indicaciones y sugerencias para elaborar y corregir nuestros respectivos capítulos. Con todo, Carreras no sólo es un artesano de la “estadística”; también es un artista de la interpretación; la forma y la rotundidad de sus análisis sólo se explica por la sensatez y el conocimiento histórico que acompaña a sus juicios. Este libro es un ejemplo que

* Albert Carreras, *Industrialización española: estudios de historia cuantitativa*, Espasa-Calpe, Madrid, 1990.

contradice a aquellos que piensan que los números están reñidos con las letras; Carreras escribe claro y didáctico, porque tiene ideas interesantes que difundir.

Hay que agradecer, por todo ello, la iniciativa de recopilar en un libro este manojito de seis artículos que Carreras elaboró alrededor de sus índices (de producción industrial y de gasto nacional), pues siendo muchas y significativas sus aportaciones a la interpretación de la industrialización española, hasta ahora quedaban en una circulación restringida a los especialistas. Con su reunión en este libro, el público y, sobre todo, los estudiantes podrán acceder a unas fuentes cuantitativas rigurosas para el estudio de la evolución industrial del país, acompañadas por unos inteligentes análisis y comentarios de las mismas. A pesar de su apariencia breve y modesta, éste es un "librito" sumamente importante; aquí están recogidas las grandes aportaciones de Carreras, expuestas, con cierta dispersión, eso sí, antes de la publicación de su "libro". Este "avance" hay que tomarlo como lo que es: una colección de artículos reproducidos tal como se publicaron, sin ningún intento de coordinación entre ellos. El libro me gusta porque tiene muchas cifras y muchas interpretaciones; le pondría el "pero" de que, para mi gusto, quizá tenga demasiado de ambas. Su talón de Aquiles radica en que es una publicación, por utilizar un término contable, sin "consolidar"; no sólo se repiten argumentos y datos, sino que cuando hay dos afirmaciones, o dos periodizaciones, aparentemente "distintas", que nunca contradictorias, ¿con cuál ha de quedarse el lector? Seguramente con la última; la periodización de los "ciclos", del último capítulo, parece la más elaborada. Porque, en efecto, son artículos desiguales, por su distinta procedencia (desde revistas académicas a enciclopedias divulgativas), aunque todos comparten, como indica el título del libro, su inclinación "cuantitativa". No debe, por tanto, sorprender la reiteración de unos mismos temas y argumentos, aderezados con las distintas variables (producción industrial, GNB, inversión), ni la abundancia y repetición de "fases" de industrialización y de "ciclos económicos", y la acumulación de "tasas de crecimiento" para los distintos períodos.

El contenido es el siguiente. En el primer capítulo ("La industrialización española, 1844-1980"), la única novedad, se recoge la problemática investigadora planteada por Jordi Nadal, maestro de Carreras de quien surgió la idea de elaborar los índices, y las implicaciones globales de las cifras para el análisis de la industrialización española; ahí también se plantean las grandes directrices que guían los trabajos recopilados en este volumen. El capítulo segundo se titula "La producción industrial catalana y vasca, 1844-1935: un ensayo de comparación", y presenta un análisis de historia regional comparada, que acaba en 1935, de los dos principales focos de industrialización tradicional de la península ibérica.

En el capítulo siguiente se ofrece el núcleo de la tesis doctoral de Carreras, que lamentablemente todavía permanece inédita, para desconsuelo de los historiadores y economistas. Su cabecera es más modesta (se titula: "La producción industrial española, 1842-1981: construcción de un índice anual") que su contenido, pues no sólo hay una construcción, sino también una eficaz descripción y un excelente análisis del índice, breves pero iluminadores. También es una novedad la *Addenda* de este capítulo, donde Carreras responde a las críticas que recibió el artículo original; su polémica con las apreciaciones de Leandro Prados de la Escosura es esclarecedora, enfocada más hacia la cooperación en la búsqueda de una solución compartida, que en el reproche descalificador y negativo. La polémica sigue en el aire, y los argumentos de uno y otro parecen sensatos, aunque ambos se enfrentan a los obstáculos

prácticos, casi insuperables, de la escasez de datos y de los problemas que plantean los números índices. Lo más productivo sería, sin duda, una suma de esfuerzos de dos investigadores que tan bien trabajan estas cuestiones de reconstrucción de estadísticas, y cuyas ventajas comparativas parecen más complementarias que sustitutivas.

Albert Carreras no engaña a nadie, pues advierte al usuario de la calidad del producto que le entrega; él es el primero en reconocer los problemas de sus series, con una honestidad intelectual digna de agradecer y ciertamente escasa en un mundo académico, donde cada cual se agarra a sus series e interpretaciones como a un clavo ardiendo. Entre las aportaciones de este capítulo de Carreras se halla, en primer lugar, una periodización más precisa, y enmarcada en el contexto internacional, de las etapas de la industrialización española: Después del “arranque de la revolución industrial” (1831-1861), vino el “fracaso de la revolución industrial en España” (1861-1913), cuando el producto industrial español perdió terreno frente a casi todos los países considerados. Carreras aporta aquí una idea fundamental para explicar ese prematuro estancamiento industrial: “la estrecha relación de la economía española con economías ‘maduras’, como la británica y la francesa”.

La tercera etapa es la de “crecimiento y fluctuaciones” (1914-1935), y el análisis del período de entreguerras también constituyó una aportación, al identificar para la industria española las mismas fases que la europea: a) hasta 1922 hubo un estancamiento, pues la depresión posbélica compensó la expansión del período de guerra; el débil crecimiento español contrasta con el hundimiento de la industria europea; b) de 1922 a 1930 se experimentó una notable expansión de la producción industrial en España paralela a la Europea y con un ritmo y duración desconocida desde 1873; c) la depresión de los años treinta no fue muy seria en España. Las cifras de Carreras han sido más desmitificadoras para el cuarto período (“Los orígenes del atraso contemporáneo: 1935-1950”); su rectificación de los “índices oficiales” para el período 1940-1960 considerando adecuadamente las industrias manufactureras y de inversión, que permanecieron estancados, permite a Carreras afirmar que el primer franquismo explica “el atraso industrial de España”. Para el quinto período (“La culminación del proceso de industrialización: 1950-1974”), la novedad aportada por Carreras consiste en sostener que el crecimiento español fue más rápido que el de Alemania e Italia, lo que resultaba lógico por el “atraso acumulado”.

Las tres conclusiones (se podrían sacar más) que se permite Carreras son: a) “Ni la industrialización comienza en el siglo XX ni el siglo XIX puede ser caracterizado en términos de simple estancamiento industrial”¹; b) “No parece existir paralelismo entre industrialización y proteccionismo; la relación más bien debería ser de signo contrario”²; c) “No se puede identificar franquismo e industrialización”³.

En el cuarto capítulo, el autor del libro comentado ajusta la industrialización española a las distintas tipologías del desarrollo económico, confirmando (en mi modesta opinión, contraria a la de Carreras, como veremos) la “normalidad” de las variables económicas españo-

1. Aquí Carreras lleva la contraria a las tesis de Tortella y Donges.

2. Aquí no se atreve a suscribir abiertamente la idea de Tortella de que el proteccionismo no sólo no promovió, sino que retardó el crecimiento económico; pero comparte sus críticas a Tomanes y a Donges, que indican que el proteccionismo fue el catalizador del crecimiento.

3. Aquí contradice a París Eguilaz y a Braña, Buesa y Molero.

las. En el capítulo más interpretativo, Carreras presenta la industrialización española a la luz de las teorías históricas más conocidas. Siguiendo a Kuznets, que considera que el crecimiento económico moderno implica un cambio estructural en la producción y en la población activa, Carreras sostiene que la industrialización tuvo que ocurrir en dos períodos: en 1915-1930, cuando el producto industrial pasó del 20 al 31 por 100 del PIB; y en 1950-1965, el porcentaje del producto industrial en el PIB pasó del 31 al 39 por 100⁴.

Carreras suscribe la interpretación de Rostow de la historia de la economía española: 1) el despegue se produjo en el segundo tercio del siglo XIX; 2) pero España se estancó en esa etapa unos “noventa años”, tiempo que parece excesivo para un “despegue”; el país fracasó en la segunda revolución industrial, por los problemas de la agricultura, por la escasa integración en la economía internacional, y por los conflictos bélicos que sufrió el país; 3) desde finales de los años cincuenta, España entró en la etapa del consumo de masas, que es la última de la tipología de Rostow. Con los datos de inversión, Carreras muestra que el paso de una tasa de inversión del 5 al 10 por 100 se realizó entre 1860 y 1920⁵.

Carreras interpreta así los principales argumentos de Gerschenkron: 1) El “gran impulso”, en el caso español, habría de situarse en las décadas de 1840-1860 y de 1950-1970, cuando “la intensidad del ritmo de desarrollo del IPI español puede estar altamente influida por su situación de atraso en el momento de partida” (1800-1840, y 1940-1949, respectivamente); 2) con relación a la sobresaliente función de los “factores institucionales”, Carreras no regatea “el papel del Estado al adoptar políticas proteccionistas para la industria, ni el de la banca en los auges industriales del fin del siglo y de la época de la dictadura de Primo de Rivera, ni el de la iniciativa empresarial española y extranjera en los años setenta y ochenta del siglo XIX o en los años diez del XX”, pero considera que “ninguno de ellos es verdaderamente decisivo para la industrialización”. El gran desarrollo de los cincuenta y sesenta del siglo XX se explica por un factor que Gerschenkron no consideró: la demanda exterior. Según Carreras, la industrialización ocurrió “gracias a la fortísima demanda exterior (de la Europa noroccidental) de bienes, servicios (turismo) y mano de obra”; y continúa: “Las economías industrializadas han arrastrado a sus vecinas que aún no lo estaban..., prescindiendo de la banca y el Estado y prescindiendo también de la demanda interior y del empresario nacional”; y Carreras recuerda la importancia de la inversión exterior. Hay que conceder a Carreras la razón de su crítica a la “simplicidad” de la teoría de Gerschenkron –aunque debería de reconocer que de todas las “tipologías” que utiliza, es la única que establece algunas “predicciones” con causalidad condicionada; pero de ahí a afirmar que en España, la industrialización “prescindió” del Estado, de la banca, de la demanda interior y del empresario nacional hay un salto en el vacío. El gusto de Carreras por los verbos y adjetivos “rotundos” deja un texto muy “literario”, pero a veces poco científico, es decir, poco exacto; porque estoy seguro de que Carreras no quería decir realmente esto. Las metáforas en los textos académicos acaban siendo muy peligrosas.

La última tipología que analiza Carreras es menos conocida pero más ambiciosa; y el resultado que obtiene es algo “castizo”; España fue diferente, porque es “inclasificable”. No

4. Aquí Carreras da la razón a Tortella: hasta el siglo XX, no tuvo lugar la industrialización del país. Uno puede “estirar” sus teorías todo lo que quiera, pero con un “despegue” tan largo, no hay que extrañarse de que la industrialización española se “estrellara”, desde 1890, primero, y desde 1973, después.

tengo capacidad ni formación para entrar a discutir cuestiones tan amplias, como las discutidas en la página 110. Cuando uno se embarca en interpretaciones de tamaño calibre y ambición, acaba cayendo en las generalizaciones más gratuitas y menos científicas, por ser menos contrastables. Porque, en suma, Carreras concluye que: 1) “las influencias extraeconómicas (institucionales, políticas, culturales o religiosas) dan cuenta de la excepcionalidad española”; 2) la “normalidad” de España deriva de “las variables estrictamente económicas”. Esto es de un economicismo “atroz” (permítame Carreras utilizar un adjetivo de los que le gustan); habría que ver, en primer lugar, que opinan los buenos historiadores políticos, sociales y culturales de eso de que España fue una “excepción” en el ámbito europeo; yo tampoco soy un experto, pero hay estudios que enmarcan el caciquismo de la Restauración en las pautas de patronazgo y clientelares europeas, y a las dictaduras españolas en las teorías de los autoritarismos y los asimilan, bien que con peculiaridades, a otros casos europeos; cuando uno lee y escucha a los historiadores políticos y sociales actuales, le parece percibir que España no era tan “diferente”, ni en el siglo XIX ni el XX⁶; como ya escribí hace tiempo, si uno no hace la mínima abstracción, y se queda en el mero nivel descriptivo, entonces “todos los países son diferentes”.

Con respecto al segundo punto, ¿cómo puede dejar escrito alguien tan sensato como Carreras que la normalidad a España le viene de lo económico? Sobre todo cuando al inicio de la “misma página” apoya la teoría de Molinas y Prados que sostiene que España siguió su propia vía de modernización; este país, es mi opinión tan “impresionista” como la de Carreras, siguió las pautas de los países más adelantados a los que ha tratado de “seguir” en ciertas épocas. Consecuentemente, España ha evolucionado como un país atrasado, con las peculiaridades propias de ser un país pequeño, con pobres recursos físicos, de cultura latina, muy influido por las potencias europeas, y con una historia política alérgica a los regímenes democráticos, que ha sostenido gobiernos más preocupados por mantener el “orden público”, que de desarrollar económicamente al país. Integrar los factores políticos, sociales y económicos parece ser la salida imprescindible a la interpretación de la modernización económica, pero evidentemente la breve extensión de los artículos no permite a Carreras desenvolver sus argumentos. En este contexto, uno nota entre tanta “tipología” la ausencia de cualquier referencia a los modelos de “convergencia” o de *catching up*, que quizá sean útiles para explicar la tardía industrialización española, como han señalado Gabriel Tortella y Leandro Prados de la Escosura.

En el penúltimo capítulo del libro, Albert Carreras intenta trazar las tendencias a largo plazo y las fluctuaciones económicas españolas entre mediados del siglo XIX y la actualidad, analizando el gasto nacional bruto y sus componentes, de los que también nos ofrece sus elaboradas series. Con sus estimaciones sobre el gasto nacional bruto, Carreras confirma que España se distanció mucho de la trayectoria de los países europeos; particularmente tras la Guerra Civil, pues la crisis de 1935 a 1950 fue muy grave. Carreras destaca que: a) hasta períodos muy recientes, el consumo privado era casi todo el GNB (por encima del 72 por 100 a finales de los años cincuenta), lo que hacía que la economía española tuviese frecuentes fluctuaciones; b) el consumo público mostró una notable estabilidad (en torno al 9 por 100, entre

6. Las referencias a intelectuales tan encumbrados como Madariaga, Castro o Brenan no son más que fuegos de artificio; no aportan sino “opiniones” bastante anticuadas, por cierto, ante el avance de la historia política y social de los siglos XIX y XX.

1850 y 1958), siendo su acción frente al crecimiento económico “neutral”; c) la inversión siguió una pauta cíclica; su contribución al GNB fue fuertemente creciente; lo más destacable en su análisis (otro gran descubrimiento de Carreras) es que los años de 1914 a 1918 son de “inequívoca crisis” de la inversión; no por escasez de capitales, sino por falta de “oportunidades” de inversión en inmovilizado; el capital se coloca en negocios a corto plazo, preferentemente especulativos; mientras que destaca la notable expansión económica de los años veinte, por el “dinamismo” de la inversión en obras y servicios públicos, en construcción residencial y en la subsiguiente ampliación de la capacidad productiva de la industria pesada.

Lo bueno de hacer una reseña de la obra de Carreras, es que él mismo proporciona las “críticas” a sus series; Carreras es “el primero en conocer sus inmensas debilidades” (aquí también se le ha ido la mano con el adjetivo): a) la baja representatividad de las series seleccionadas para evaluar el consumo total; b) la ignorancia de los servicios tanto en el consumo como en las exportaciones netas; c) la estimación en precios constantes de 1958 es muy insatisfactoria para una serie secular; d) la precariedad de las estimaciones de Carreras resalta cuando se contrastan sus series del GNB con las cifras de la CNE para los años finales de sus estimaciones; aunque la divergencia sea muy grande, esto no debe desanimar a Carreras; es algo que nos ha ocurrido a todos los que hemos intentado reconstruir series largas por medio de números índices; el problema es el “nivel”, mientras el “perfil temporal” acaba siendo válido para analizar el crecimiento y los ciclos.

Carreras, en el último capítulo, realiza un pormenorizado análisis de las oscilaciones cíclicas en los siglos XIX y XX, que abunda en las argumentaciones anteriores, pero con una mayor profundidad descriptiva e interpretativa; en este capítulo distingue unas grandes fases ligadas a las innovaciones tecnológicas que “hacen época”, que recuerdan más a Schumpeter que a Kondratieff, a pesar de lo que diga Carreras: 1) entre 1827 y 1886, hay una fase que corresponde a la difusión de los inventos centrales de la revolución industrial: la máquina de vapor y la maquinaria textil formando el sistema fabril; 2) desde 1855 hasta 1898 domina la difusión del ferrocarril, con las necesidades de inversión que exige, que alteraron la estructura empresarial; 3) de 1898 a 1933, el crecimiento económico tiene como motivo central la electrificación, construcción de centrales y transporte; en sus últimos años se difunden los vehículos impulsados por motores de combustión interna; 4) de 1950 a 1975, se difunde el proceso de motorización, con la adopción generalizada de los vehículos automóviles, y el desarrollo de los nuevos sectores industriales y de servicios asociados a la motorización. Esta incursión en la tecnología deriva del buen conocimiento que tiene de su historia, como demuestra su brillante aportación al libro colectivo *España: 200 años de tecnología*.

En definitiva, hay que apreciar la valía de estos “entremeses” que nos ofrece Albert Carreras, a la espera de que salga del horno su “plato fuerte” anunciado con el título *La industrialización española en el espejo italiano*⁷.

7. Los impacientes pueden acudir a su reciente colaboración en el libro editado por Leandro Prados de la Escosura y Vera Zamagni (1992), *El desarrollo económico en la Europa del Sur: España e Italia en perspectiva histórica*, Madrid, Alianza Editorial.